

Viaje al museo POLIN de Varsovia: mil años de memoria y el eco ensordecedor del silencio.

A trip to the POLIN Museum in Warsaw: a thousand years of memory and the deafening echo of silence.


DOI: 10.32870/revistaargos.v13.n31.e0120

Yuleisy Cruz Lezcano

Azienda USL di Bologna

(ITALIA)

CE: yulicruzlezcano2@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0005-3721-2124>



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Resumen

Este trabajo examina la historia del Holocausto, enfocándose en la vida judía en Polonia, los guetos, la resistencia y la preservación de la memoria histórica a través de archivos, literatura y museos. Analiza la construcción legal del antisemitismo, la colaboración en distintos países europeos y la organización de los campos de exterminio. Se destaca el Museo POLIN de Varsovia como espacio de educación y reflexión ética, así como iniciativas de documentación clandestina como el archivo Oyneg Shabes y la literatura de sobrevivientes como Primo Levi. La metodología combina la observación participante en el museo con investigación bibliográfica y documental, integrando experiencias directas con análisis académico para comprender los hechos históricos y su relevancia.

Palabras clave: Museo POLIN; Historia judía en Polonia; Gueto de Varsovia; Gueto de Varsovia.

Abstract.

This work explores the history of the Holocaust, focusing on Jewish life in Poland, the ghettos, resistance, and the preservation of historical memory through archives, literature, and museums. It examines the legal construction of antisemitism, collaboration in various European countries, and the organization of extermination camps. The POLIN Museum in Warsaw is highlighted as a space for education and ethical reflection, alongside clandestine documentation initiatives such as the Oyneg Shabes Archive and survivor literature by authors like Primo Levi and Paul Celan. The methodology combines participant observation at the museum with bibliographic and documentary research, integrating direct experiences with academic analysis to understand historical events and their contemporary significance.

Keywords: POLIN Museum; Jewish history in Poland; Warsaw Ghetto; Warsaw Ghetto.

Introducción

Hablar del Holocausto implica enfrentar uno de los abismos más oscuros de la historia humana, comprendiendo no solo fechas o cifras, sino la genealogía del odio, la radicalización ideológica y la renuncia ética que hicieron posible la Shoá. Este genocidio no surgió de la nada, sino que fue el extremo de procesos históricos de antisemitismo, nacionalismo racial y burocratización de la violencia. Estudiarlo es un acto moral: revela cómo la dignidad humana puede ser ignorada, convirtiendo al otro en objeto o problema.

A pesar de la extensa literatura, persisten vacíos sobre la vida judía previa al genocidio, la riqueza cultural destruida, las diversas formas de resistencia y el papel de la indiferencia y la colaboración. Relatos como el que sigue tienen valor cultural profundo: permiten entender qué ocurrió, cómo y por qué, y su significado actual. Visitar espacios de memoria como el Museo POLIN reactiva la responsabilidad de cada generación y la exigencia de reconocer en cada víctima a un ser humano concreto, tal como lo enfatiza Primo Levi en su obra y su pregunta ética fundamental: “Considerad si esto es un hombre”.

Inicio del viaje

Inicié mi visita al POLIN Museum of the History of Polish Jews con la impresión de que, antes de que sus vitrinas me contaran historias, lo hacía su propio edificio: sus muros, su espacio vacío, su arquitectura. Pero este museo no nació de inmediato tras la guerra, ni en los primeros años de posguerra: su construcción fue parte de un proceso colectivo, cultural y político, largo, pausado, lleno de vacíos simbólicos, hasta que una sociedad se decidió a asumir su pasado. Su historia, como me explicaron los paneles, empieza a gestarse en 1995, cuando la Association of the Jewish Historical Institute of Poland propuso institucionalizar un lugar propio para narrar la historia de los judíos polacos. Ese terreno, en Muranów, sobre el antiguo barrio judío y las ruinas del gueto, fue cedido por la ciudad de Varsovia. En 2005, el proyecto se formalizó mediante una alianza público-privada entre la Asociación, el Estado y la ciudad, y ese mismo año un concurso internacional eligió el diseño del estudio finlandés Lahdelma & Mahlamäki. El proyecto no fue inmediato: los documentos finales se consolidaron en 2008. Sólo el 30 de junio de 2009 se puso la primera piedra, el momento en que la idea antigua comenzó a transformarse en cimientos reales. La construcción se desarrolló hasta 2012 y el edificio fue inaugurado oficialmente el 19 de abril de 2013; esa fecha no fue casual: coincidió con el 70.^o aniversario del

levantamiento del gueto de Varsovia. La exposición central -la “Core Exhibition” que recorre mil años de historia de los judíos en Polonia -abrió finalmente al público el 28 de octubre de 2014.

Recorrer el museo me hizo entender que esa cronología -1995, 2005, 2009, 2013, 2014- no es un detalle administrativo: es la manifestación de un país que tardó décadas en reunir el valor social y político para mirar su pasado. El edificio, con su fachada de vidrio y cobre, su gran sala de recepción cuyas paredes ondulan como si recordaran una herida abierta, su conexión simbólica con el monumento al Levantamiento del Ghetto, todo está pensado para dar voz no solo a lo que fue la vida, sino también al silencio, al vacío, a lo que fue arrancado.

Al dejar atrás el vestíbulo y entrar en las salas, la historia dejó de ser un dato seco. Descubrí que, antes del horror, Polonia albergaba a una de las comunidades judías más densas y vivas de Europa, en 1939 se calcula que había alrededor de 3,5 millones de judíos en Polonia. En Varsovia vivían unos 350 000–380 000 judíos, lo que representaba cerca del 30 % de la población de la ciudad: era la segunda mayor concentración judía urbana del mundo, solo por detrás de Nueva York.

Las vitrinas, fotografías, objetos cotidianos, documentos, testimonios, reconstrucciones de sinagogas y escenas de vida urbana retrataban una comunidad próspera. Judíos eran comerciantes, artesanos, médicos, intelectuales; fundaban periódicos y teatros, escuelas, participaban activamente en la vida social. Mucha de esa riqueza cultural, espiritual y económica revivía ante mis ojos, no como reminiscencia lejana, sino como una presencia que había existido realmente. Pero esa vitalidad fue brutalmente interrumpida. Tras la invasión alemana del 1 de septiembre de 1939, las primeras medidas de exclusión se encadenaron rápidamente: cierres de instituciones judías, confiscación de propiedades, obligación de identificarse, trabajos forzados. En Varsovia, pronto fue impuesto un consejo judío, el Warsaw Judenrat, presidido por Adam Czerniaków, con el mandato de implementar las órdenes nazis. En octubre-noviembre de 1940 se decretó la creación del Warsaw Ghetto: los judíos de Varsovia —y más tarde judíos de otras regiones— fueron obligados a mudarse allí, y en pocos meses el gueto se selló. En su momento álgido, hacia 1941, vivían allí entre 400 000 y 460 000 personas en un espacio que representaba apenas una fracción ínfima de la ciudad, sometidas a hacinamiento, hambre, enfermedades, degradación sistemática.

Mientras caminaba por la sala dedicada al Holocausto, comprendí que aquello no fue un hecho aislado: aquello no fue “accidental”. Fue el desenlace -extremo, monstruoso- de siglos de prejuicios, restricciones legales, estigmatización social, exclusión progresiva. No comenzó con la guerra, sino que la

violencia nazí era el punto final de un camino de odio. La vida comunitaria, la diversidad, la cultura — todo lo que había florecido durante siglos— fue borrado.

Y sin embargo, no todo fue destrucción sin memoria. En el POLIN se conservan documentos, cartas, objetos, testimonios, recuerdos, aunque gran parte de ese legado sobrevivió por mecanismos clandestinos -escondidos, enterrados, ocultos por personas que arriesgaron su vida para preservar algo que el horror quería borrar. Esa labor silenciosa, esa resistencia íntima, muchas veces individual, otras colectiva, me hizo ver que el testimonio sobreviviente no es solo una evidencia histórica: es un acto de dignidad. Al salir del museo, con la luz natural entrando por las grandes vidrieras, recordé que nombre “Polin” alude a la leyenda inspiradora según la cual Polonia fue tierra de refugio para los judíos, “Polin”, “descansa aquí”. Ese nombre, ese edificio, esa exposición no son solo un recuerdo: son un acto de reparación simbólica, un puente entre pasado y presente.

Visitar POLIN significó para mí mirar de frente una historia compleja: de vida, destrucción, memoria, pérdida, resistencia. Me mostró que la historia judía en Polonia no es un capítulo olvidado, sino parte esencial de la historia del país; que esconder, olvidar o negar equivaldría a prolongar la violencia; y que la memoria, activamente conservada, transmitida, compartida, es un deber moral con las víctimas, con sus descendientes, con toda humanidad. Y al caminar sus salas, al ver cada objeto, cada testimonio, al oír el eco de vidas que ya no están, comprendí: recordar no es un acto pasivo, sino una forma de resistencia; es reconstruir la dignidad arrebatada, es afirmar que nunca podremos aceptar que un pueblo entero sea condenado al olvido.

Muy pronto descubrí que POLIN no era solo un museo sobre el Holocausto. Era, ante todo, un museo sobre **mil años de historia judía en Polonia**, sustentado en documentos, archivos, objetos y testimonios conservados con un rigor casi conmovedor. La institución declara custodiar **más de 6.000 objetos materiales, 6.500 ítems archivísticos, decenas de miles de fotografías y centenares de testimonios de historia oral** (POLIN Museum, *Collections and Archives Overview*, 2022). De pronto entendí que no estaba ante una evocación poética de un pasado desaparecido, sino ante un archivo vivo, una investigación en curso sobre la vida y la destrucción. Me detuve frente a unas vitrinas que contenían **certificados de nacimiento, actas matrimoniales, registros de ciudadanía** emitidos por municipios polacos entre los siglos XVIII y XX. Documentos ordinarios que hablaban de una realidad extraordinaria: los judíos de Polonia no habían sido “extranjeros tolerados”, sino **ciudadanos reconocidos por el Estado**, con un estatus jurídico preciso. La historiografía denomina este marco temprano como “**Pax Judaica Polona**” (Hundert, *Jews in Poland-Lithuania in the Eighteenth Century*,

2004), una época en la cual la Mancomunidad Polaco-Lituana se convirtió en el mayor centro de vida judía del mundo.

Mientras caminaba por la galería medieval, una reconstrucción digital mostraba los **privilegios de asentamiento otorgados por Casimiro el Grande en 1334**, seguidos por documentos municipales de Cracovia, Lublin o Vilna que confirmaban el rol económico de comerciantes y artesanos judíos (Kieval, *The Making of Czech Jewry*, 1988). Comprendí entonces que aquellos mil años no eran una simple continuidad cultural: eran un entramado político, una convivencia legalmente reconocida, una ciudadanía compartida que, al ser destruida por ocupaciones, colaboraciones y legislaciones racializadas, se convirtió en el punto decisivo que permitió el genocidio.

Esa idea -que la Shoá empezó con la **pérdida de ciudadanía**, no con los trenes- se volvió más nítida mientras leía los paneles dedicados al ascenso del nazismo. Las fechas que tantas veces había estudiado en libros aparecían aquí en una secuencia narrativa inexorable: – **30 de enero de 1933**, Hitler nombrado canciller; **abril de 1933**, primeras leyes de exclusión profesional; **15 de septiembre de 1935**, Leyes de Núremberg; **9-10 de noviembre de 1938**, Kristallnacht. Cada fecha, señalaba el texto curatorial, implicaba un nuevo paso en el vaciamiento jurídico que convertiría a los judíos europeos en sujetos expulsables (Friedländer, *Nazi Germany and the Jews*, 1997-2007). Cuando apareció la fecha **1 de septiembre de 1939**, el día de la invasión alemana a Polonia, sentí un golpe en el pecho. Había leído cientos de veces que más de **tres millones de judíos** vivían entonces en territorio polaco (Snyder, *Black Earth*, 2015), pero ver representado su peso demográfico, con Varsovia alcanzando un **30 % de población judía** antes de la guerra, otorgaba a la cifra una presencia humana abrumadora. En los pequeños **shtetls**, donde el yidis era la lengua cotidiana, la comunidad judía no era minoría: era la estructura central de la vida social. La exposición mostraba cómo, apenas semanas después de la ocupación, surgieron los primeros guetos. El de Varsovia, cerrado en **noviembre de 1940**, aparece narrado a través del diario de **Adam Czerniaków**, conservado hoy en el Instituto Histórico Judío. Leí sus anotaciones, casi quebradas, donde describía la imposibilidad de gestionar un espacio condenado a la asfixia.

Más adelante, en la sección dedicada a la **Operación Barbarroja del 22 de junio de 1941**, una pantalla proyectaba el mapa de las matanzas cometidas por los **Einsatzgruppen**. Allí, los datos fríos de estudios como el de Raul Hilberg (*The Destruction of the European Jews*, 1961) cobraban una dimensión brutal: en **Babi Yar**, solo en los días **29 y 30 de septiembre de 1941**, fueron asesinadas más de **33.000 personas**.

Unas puertas silenciosas me condujeron a una reconstrucción de la villa donde se celebró la **Conferencia de Wannsee**, el **20 de enero de 1942**. En una mesa se reproducían los documentos originales, redactados en un lenguaje administrativo que helaba la sangre. Recordé inevitablemente las reflexiones de Hannah Arendt (*Eichmann in Jerusalem*, 1963) sobre la banalidad del mal, y comprendí que lo que más estremecía no era el odio explícito, sino la frialdad burocrática de quienes organizaban la logística del exterminio. Desde allí, la narración avanzaba hacia la **Operación Reinhard** (1942-1943) y los campos de Belzec, Sobibor y Treblinka. Me detuve en la sección dedicada a este último: entre **julio y septiembre de 1942**, más de **250.000 judíos del Gueto de Varsovia** fueron deportados a Treblinka (Arad, *Belzec, Sobibor, Treblinka*, 1987). A mi lado, un panel relataba el **levantamiento del 19 de abril de 1943**, dirigido por Mordechai Anielewicz y la ŻOB, una de las resistencias urbanas más significativas de la Europa ocupada.

Luego apareció Auschwitz. Sabía de memoria las cifras, más de **1,1 millones de víctimas**, de las cuales **900.000 eran judíos**, pero la vitrina que reunía **maletas, zapatos y documentos de transporte** me hizo sentir algo que las cifras no transmiten: la cercanía entre una vida interrumpida y el instante anterior al exterminio. En una sala lateral, descubrí fragmentos del **archivo Oyneg Shabes**, dirigido por Emanuel Ringelblum en el gueto de Varsovia. Ver los manuscritos, escritos entre 1940 y 1943 y enterrados en bidones de leche para ser hallados después de la guerra, me hizo comprender que la escritura no había sido solamente testimonio: había sido resistencia.

El museo no eludía las zonas más difíciles, a través de estudios como los de **Jan Grabowski** (*Hunt for the Jews*, 2013) y **Timothy Snyder**, se presentaban los fenómenos de colaboración, delación y participación local en la persecución. Aquella sección, lejos de cargar culpas colectivas, buscaba mostrar la complejidad moral y social del periodo: el antisemitismo, el miedo, los oportunismos, pero también los rescates y la resistencia civil.

Más adelante, una frase de Zygmunt Bauman se proyectaba sobre una pared curva: la modernidad, decía, no fue solo el contexto del Holocausto, sino su condición de posibilidad estructural. Recordé entonces a **Theodor W. Adorno**, quien escribió que “después de Auschwitz, escribir poesía es bárbaro” (*Prismen*, 1955), y a **Emmanuel Levinas**, para quien la ética nace en el rostro del otro. La exposición articulaba esas voces filosóficas con los hechos históricos, como si midiera la temperatura moral de un continente entero.

El recorrido histórico culminaba en la posguerra. Registros de desplazados, solicitudes de visas, documentos de emigración hacia Estados Unidos o Israel narraban la vida después de la catástrofe.

Observé los nombres de quienes habían logrado sobrevivir, muchos intentando rehacer su ciudadanía perdida, otros partiendo para siempre del país donde habían vivido sus antepasados durante siglos. Finalmente, crucé la galería que reconstruye la sinagoga de Gwoździec, una obra elaborada por artesanos contemporáneos basándose en fotografías y dibujos previos a su destrucción. Era un acto restaurador y, a la vez, un recordatorio de que no todo puede recuperarse: solo lo que la memoria decide volver a narrar.

Cuando la luz exterior empezó a filtrarse desde la salida, comprendí que el guion entre **“judíos-polacos”** no es un simple signo lingüístico, sino una categoría política que sostiene siglos de convivencia. Su ruptura, primero simbólica, luego legal y finalmente física, fue el inicio del desastre. Y sentí, al atravesar el vestíbulo final, que proteger ese guion hoy, en cualquier país, bajo cualquier conflicto, es proteger la dignidad política que impide que la humanidad vuelva a caer en la desposesión y el exterminio. Las puertas automáticas se abrieron, pero yo permanecí inmóvil unos segundos. Afuera, Varsovia continuaba con su ritmo cotidiano; dentro de mí, algo había cambiado para siempre. El POLIN había transformado mi manera de mirar la historia, y también mi manera de mirar el presente. Sentí que mi visita no había terminado aún; más bien, que había entrado en una dimensión que no se clausura al salir del museo. Me quedé en el umbral, respiré hondo, y supe que esta historia, la mía y la del POLIN, todavía no había dicho su última palabra.

A medida que avanzaba por las salas finales del museo, sentí que algo cambiaba en el aire. No era solo la densidad de la historia, sino la forma en que cada objeto parecía emitir un pulso mínimo, como el latido débil de un corazón que se resiste a apagarse. Había pasado horas entre documentos enterrados, palabras escritas en secreto, restos de vidas suspendidas en vitrinas. Pero entonces ocurrió algo inesperado: en un rincón casi silencioso, lejos de las grandes narrativas, encontré una pequeña nota escrita con una caligrafía temblorosa. Una frase apenas legible: *“Que alguien lea esto, aunque yo no esté”*. No decía más y no indicaba quién la había escrito, ni en qué fecha, ni si pertenecía a un niño, a una madre, a un maestro o a un combatiente. Era solo una súplica suspendida en el tiempo. Pero esa frase condensaba todo lo que había visto hasta entonces: el hambre, el encierro, la resistencia, la escritura clandestina, la rabia, el miedo, la esperanza. Comprendí que la memoria no era un conjunto de datos sino ese gesto mínimo: ofrecer una frase al futuro, sin saber si algún futuro existiría.

Todo lo que había recorrido en el POLIN -los guetos, los levantamientos, los objetos enterrados, las voces de Ringelblum, de Levi, de tantos- adquirió una dimensión nueva a partir de esa nota. Porque, en el fondo, eso era exactamente lo que todos ellos habían hecho: dejar mensajes para quienes

vendrían después. Documentar la vida y la muerte no solo como registro, sino como llamada, como advertencia, como legado moral. Lo que pedían no era compasión, sino responsabilidad. Me quedé ahí, frente a aquella nota, durante mucho tiempo, incapaz de moverme. Y mientras la miraba, una idea incómoda comenzó a abrirse paso: el mal del que hablaban los historiadores, esa “frialidad racional” que permitía a pueblos enteros organizar el exterminio de otros, no era un fenómeno distante ni clausurado en el pasado. Había ocurrido en Polonia, en Alemania, en Lituania, en Hungría, en Francia, en Grecia, en Italia... y siempre con la participación de vecinos, conocidos, ciudadanos comunes. No era solo una maquinaria alemana: era una descomposición moral europea, una fractura humana que atravesó fronteras y lenguas. Y mientras pensaba en ello, recordé las palabras de Browning sobre aquellos hombres corrientes convertidos en ejecutores, las observaciones de Jan Gross sobre Jedwabne, las reconstrucciones de Bartov y Korb acerca de la violencia local. Comprendí, con un peso insoportable, que el horror no nace únicamente de un Estado totalitario, sino de la suma de pequeñas decisiones individuales: callar, mirar hacia otro lado, aprovechar el despojo del vecino, normalizar la humillación, aceptar que alguien es menos que uno. Sentí entonces un miedo extraño, frío, íntimo: el reconocimiento de que ninguna sociedad está inmunizada contra esa caída.

Salí del museo cuando ya estaba oscureciendo. Muranów estaba quieto, como si las calles, a pesar del tráfico y de los tranvías, conservaran una respiración antigua. Caminé sin rumbo, imaginando cómo sonaba ese mismo suelo bajo los pasos de quienes ya no están. Y entonces me di cuenta de que algo del POLIN seguía conmigo, algo más profundo que la tristeza o la indignación: una pregunta que no quería contestar, pero que insistía, persistente, en mi mente, porque si ellos escribieron para que nosotros leyéramos, ¿qué nos toca escribir a nosotros? Si ellos resistieron para que no hubiera olvido, ¿qué significa resistir hoy? Si ellos dejaron cajas enterradas para un futuro posible, ¿qué estamos dejando nosotros?

Avancé unos metros más y me detuve frente a una fachada moderna, reconstruida, limpia, donde nada sugería el pasado. Pero debajo de esa superficie, lo sabía, seguían estando las ruinas del gueto, las bóvedas de sótanos donde se ocultaron las cajas, los huecos donde familias enteras murieron de hambre. La ciudad era como un palimpsesto: sobre el horror se había escrito la vida nueva, pero las líneas antiguas aún podían leerse, si uno sabía dónde mirar. Respiré hondo, sentí el frío. Y algo dentro de mí comprendió que esta historia, aunque abordada desde el museo, desde los documentos, desde los nombres recuperados, todavía no estaba cerrada. Ni en mí, ni en Europa, ni en el mundo. Porque la

memoria, por sí sola, no basta; es apenas el primer paso. Lo demás, todo lo demás, depende de nosotros.

Caminé hacia la estación del tranvía y, mientras esperaba, observé a la gente pasar: jóvenes con mochilas, un anciano con gorra, una mujer empujando un cochecito. Vida cotidiana, simple, tranquila. Y sin embargo, la sombra del pasado se extendía silenciosa, no para aplastar el presente, sino para recordarlo: **cada gesto humano puede ser comienzo de luz o de oscuridad**. El tranvía llegó. Subí. Me senté junto a la ventana. Las luces de Varsovia comenzaron a deslizarse como reflejos sobre el vidrio. Y en ese instante, **sentí que el verdadero recorrido apenas estaba empezando**. Había salido del museo... pero no había salido de la historia. Y mientras el tranvía avanzaba hacia la noche, entendí que aún quedaba algo más por descubrir, algo que no había visto dentro de las vitrinas, algo que esperaba fuera del museo, quizás en otro archivo, en otra ciudad, en otra voz que aún no había escuchado. Una pieza faltante, un puente hacia lo que vendría después.

Al avanzar en mi reflexión tras salir del POLIN, comprendí que lo que había presenciado no podía agotarse en una experiencia sensorial o emocional. Demandaba una elaboración intelectual más profunda, una lectura que permitiera inscribir lo visto en un marco filosófico y sociológico que diera cuenta de la magnitud del crimen y, sobre todo, de su posibilidad. Porque la Shoá, más allá del horror concreto, constituye una interpelación radical a la condición humana y a las estructuras que la moldean.

En ese sentido, la tesis de **Hannah Arendt** sobre la *banalidad del mal*, formulada a partir del juicio de Eichmann en Jerusalén en 1961 y publicada en 1963, adquirió una resonancia inmediata en mi mente. Arendt insistía en que los perpetradores no eran necesariamente monstruos excepcionales, sino individuos ordinarios, insertos en engranajes burocráticos y lógicas colectivas que convertían el exterminio en una tarea “normalizada” (Arendt 1963). **La peligrosidad**, según ella, no residía en la crueldad explícita, sino en la ausencia de pensamiento crítico y en la obediencia automática a estructuras totalizantes. Esa lectura perturbadora explicaba por qué tantos hombres y mujeres europeos participaron, colaboraron o guardaron silencio. Pero la comprensión de este proceso no podía agotarse en la figura del burócrata diligente. El sociólogo **Zygmunt Bauman**, en *Modernity and the Holocaust* (1989), demostró que la racionalidad instrumental de la modernidad, la eficiencia técnica, la segmentación del trabajo, la primacía de la lógica administrativa, fue condición necesaria para que la maquinaria genocida pudiera funcionar. Bauman subrayaba que el Holocausto no fue un retroceso hacia la barbarie premoderna, sino un producto extremo de la modernidad misma, capaz de convertir la destrucción de millones en una operación técnica optimizada (Bauman 1989). Esa “eficiencia” se

materializaba en cada estructura que yo había observado en el museo: formularios, listados, vagones, clasificaciones, sellos, eufemismos administrativos.

Tras la guerra, muchas sociedades intentaron reescribir su participación. Se difundió la idea de que actuaron exclusivamente bajo coacción, evitando así confrontar la dimensión local de la complicidad. Sin embargo, investigaciones realizadas desde la década de 1990 han desmontado esta autoimagen. **Jan T. Gross**, en *Neighbors* (2001), documentó la participación directa de habitantes de Jedwabne en el asesinato de cientos de judíos en julio de 1941, sin intervención alemana. **Christopher Browning**, en *Ordinary Men* (1992), mostró cómo un batallón de la policía alemana, en su mayoría hombres comunes, no fanáticos, participó en fusilamientos masivos en Polonia, guiados no por coerción sino por conformidad grupal y sentido del deber. **Omer Bartov** analizó la violencia local en Galitzia Oriental, donde identidades fragmentadas y tensiones sociales facilitaron la colaboración (Bartov 2007). La historiografía contemporánea confirma así que la deshumanización no se impuso únicamente desde arriba: requirió aceptación, participación o silencio social. Esa idea, que no existe un “pueblo” abstracto responsable, sino redes de actores, decisiones, inercias y cobardías, se hacía visible en cada vitrina del POLIN. Los **objetos**, lejos de ser meros restos, evidenciaban cómo comunidades enteras se vieron afectadas por decisiones éticas y políticas: elegir ayudar o denunciar, esconder o entregar, sostener la dignidad o abandonarla. La historia dejaba de ser una lucha entre víctimas y verdugos, y revelaba un entramado de presiones, colaboraciones, temores y racionalizaciones. A esta dimensión microhistórica se sumaba la geografía trágica que el museo reconstruía con precisión. **Auschwitz-Birkenau**, operativo entre 1940 y 1945, donde fueron asesinadas más de 1,1 millones de personas; **Treblinka**, activo entre julio de 1942 y octubre de 1943, con unas 800.000 víctimas; **Sobibor**, entre mayo de 1942 y octubre de 1943, con alrededor de 250.000 muertos; **Belzec**, entre marzo y diciembre de 1942, con cerca de 435.000 asesinados (Friedländer 2007). No eran nombres: eran paisajes diseñados para la muerte. Lo inquietante es que la racionalidad burocrática de la modernidad, descrita por Bauman, estaba presente en cada etapa: transporte, clasificación, exterminio, ocultamiento.

A la vez, los guetos emergían como escenarios donde la vida cotidiana seguía existiendo bajo condiciones inhumanas. El **Gueto de Varsovia**, instituido en octubre de 1940 y habitado por más de 400.000 personas, mostraba una sociedad encorsetada pero activa, con escuelas clandestinas, teatro, bibliotecas y redes de solidaridad. **Lodz**, bajo el control estricto de **Mordechai Chaim Rumkowski** y el Judenrat, revelaba tensiones éticas sobre la obediencia y la supervivencia. Guetos como **Kraków**, **Lublin**

o **Białystok** mostraban patrones similares: segregación sistemática, hambruna planificada, vigilancia constante. Estos espacios eran laboratorios de opresión, pero también de resistencia pasiva.

Esa resistencia se plasmó con fuerza en el archivo **Oyneg Shabes**, dirigido por **Emanuel Ringelblum** desde 1940 hasta su asesinato en 1944. Hoy, estos documentos constituyen uno de los conjuntos de fuentes primarias más importantes sobre la vida judía bajo ocupación (Ringelblum 1958–1962). Allí se registraron informes sobre hambre, salud, comercio, religión, arte, educación y moral colectiva. Fue una resistencia intelectual y ética: documentar para dejar huella, para que el futuro pudiera saber y comprender.

Pero la memoria no terminó con la guerra. Instituciones como **Yad Vashem** (fundado en 1953, exposición permanente desde 2005) o el **United States Holocaust Memorial Museum** (inaugurado en 1993) han desarrollado centros de documentación, investigación y educación que permiten vincular el pasado con debates contemporáneos. Y también existen formas de memoria íntima, como los **libros Izkor**, compilados por sobrevivientes desde finales de los años 40, que rescatan las historias locales de comunidades arrasadas. Casi mil volúmenes conforman hoy una cartografía emocional y documental del mundo judío desaparecido (Yerushalmi 1982).

Mientras reflexionaba sobre todo ello, comprendí que el Holocausto no nació del vacío: fue un proceso acumulativo. La degradación de derechos, la normalización del odio, la propaganda nacionalista, el declive de instituciones democráticas, la indiferencia ante injusticias crecientes: todos ellos fueron pasos previos. **Saul Friedländer** insiste en que la radicalización antijudía no fue lineal ni inevitable, sino un proceso de interacción entre políticas estatales y climas sociales predispuestos (Friedländer 2007). Ese entramado, más que los grandes acontecimientos, explicaba la fragilidad de la civilización moderna.

Por eso, salir del POLIN significó enfrentar un espejo, y en él, el pasado iluminaba el presente. Era imposible no pensar en los conflictos actuales, en los discursos de odio que resurgen, en guerras donde poblaciones enteras son deshumanizadas. La memoria de la Shoá, entendí, no solo pertenece al pueblo judío ni solo al continente europeo: pertenece a la humanidad como advertencia universal.

En ese instante, la frase que me acompañaba desde el principio —“*Algo ya no vuelve a ser como antes*”— adquirió un tono definitivo. No como un eco melancólico, sino como un compromiso ético. La memoria no puede ser solo un ejercicio retrospectivo: debe convertirse en una brújula para actuar. Como señaló **Primo Levi**, “*ocurrió, por lo tanto puede volver a ocurrir*” (Levi 1986, p. 227). Esa frase ya no se limita a cerrar un capítulo del pasado: abre una responsabilidad hacia el futuro, porque conservar

la memoria de la Shoá implica reconocer que la dignidad humana es frágil; que la democracia puede erosionarse rápido; que los discursos de exclusión son semillas de violencia; que la indiferencia puede ser cómplice. Y también implica recordar que, incluso en los momentos más oscuros, la dignidad humana puede resistir, a través de la escritura, del archivo, de la educación, de la palabra.

Al cruzar la puerta del museo, no era la misma persona. Y comprendí que ese cambio no debía quedarse en mí: debía traducirse en una actitud ante el mundo. En reconocer al otro como sujeto, en rechazar la deshumanización, en sostener la memoria como herramienta ética. Porque mientras haya quienes recuerden, y quienes actúen, aún hay esperanza de que la historia no vuelva a traicionar a la humanidad.

Cuando dejé atrás el edificio del museo, pensé que mi recorrido había terminado. Pero mientras caminaba por la avenida Anielewicz, comprendí que la verdadera visita apenas estaba comenzando. Lo que POLIN había despertado en mí no era solo memoria, sino una necesidad urgente de entender, de reconstruir en mi mente aquello que los documentos, los archivos y los historiadores habían intentado descifrar durante décadas. Pensé a los combatientes del gueto, y el día después regresé para contemplar un bloque oscuro y poderoso que emerge como una herida en medio de la ciudad moderna. A su alrededor, las luces del tráfico seguían su curso indiferente, y pensé en algo que Christopher Browning había descubierto al estudiar los testimonios del Batallón 101: la violencia no la perpetraron espectros abstractos, sino hombres comunes, hombres que conocían calles parecidas a estas, hombres que quizá nunca imaginaron verse transformados por la presión del grupo, la obediencia o el miedo. En aquel silencio nocturno, los rostros de esas personas parecían mezclarse con los de los antiguos habitantes de Muranów. Seguí caminando y el frío me golpeó en la cara. Varsovia tiene una extraña cualidad: parece contener al mismo tiempo el peso de lo irrecuperable y la vitalidad de una ciudad que ha decidido seguir adelante. Intenté imaginar cómo sería recorrer esta zona en 1941, con los muros levantados, los tranvías desviados, la vigilancia constante. No podía. Pero sabía, porque lo había leído tantas veces en los archivos del Oyneg Shabes, que dentro del gueto la vida continuaba de un modo sorprendente: había escuelas clandestinas, debates literarios, obras de teatro, conferencias improvisadas. Ringelblum lo describió como un espacio donde la cultura se convirtió en resistencia, donde enseñar a un niño o repartir un pan era un acto político.

Pensé entonces en algo que Saul Friedländer enfatiza: que la radicalización antijudía no se dio de un día para otro, sino que fue un proceso de intensificación recíproca entre ideología y práctica. Esa interacción había tomado forma en estos mismos lugares, donde decisiones aparentemente pequeñas,

un inspector que ignora un abuso, un vecino que delata, un burócrata que firma un papel, pavimentaron el camino hacia el exterminio. Y de pronto, el peso de esa idea me golpeó con una fuerza casi física: los campos no nacieron en Auschwitz; nacieron aquí, en las calles, en los despachos, en las actitudes.

Me dejé llevar por mis pasos sin rumbo y, casi sin darme cuenta, llegué a la intersección donde un cartel señalaba la antigua ruta hacia Umschlagplatz. Sentí un estremecimiento. No porque caminar hacia un lugar simbólico, sino porque en ese instante comprendí lo que Zygmunt Bauman quiso decir cuando escribió que la modernidad no fue la negación del Holocausto, sino su condición. El camino hacia el punto de deportación era lineal, recto, casi demasiado ordenado. Y esa “ordenación” me resultó insoportable: era la misma lógica que convertía a hombres y mujeres en números, en expedientes, en cargas útiles para un sistema eficiente.

Seguí avanzando, sabiendo que no quedaba casi nada del lugar original. Pero también sabía que miles de personas habían seguido este mismo tramo, acompañadas por gritos, golpes, llantos de niños, órdenes secas en alemán. Hilberg lo describió con precisión clínica: cada institución -ferrocarriles, policía, administración civil, industria- había cumplido su papel con meticulosidad. Y yo, caminando por un espacio casi vacío, podía sentir esa maquinaria invisible aun vibrando bajo el suelo. Al llegar, no había más que un memorial blanco, silencioso. Me apoyé en la piedra fría y cerré los ojos. Y fue entonces cuando la historia dejó de ser abstracta: no pensé en cifras, ni en estadísticas, ni en cronologías; pensé en las pequeñas decisiones que permitieron que esto ocurriera. En la mujer que decide no abrir la puerta al vecino; en el funcionario que archiva un documento sin preguntar; en el policía que mira hacia otro lado. Porque, como demostró Jan Gross al estudiar Jedwabne, el mal no se despliega solo desde arriba: florece cuando la sociedad abdica moralmente. Me quedé allí largo tiempo. Cuando abrí los ojos, Varsovia seguía moviéndose a mi alrededor como si nada. Y, sin embargo, algo en mí había cambiado: un desplazamiento interior, una inquietud ética que ya no podía desvanecerse. Pensé en lo que Omer Bartov sostiene sobre Galitzia Oriental: que las comunidades no colapsaron solo por la violencia externa, sino porque antes habían sido erosionadas por años de prejuicios, tensiones, narrativas nacionales excluyentes.

Mientras regresaba hacia el tranvía, entendí que la memoria no consiste en conocer los hechos, sino en dejar que los hechos nos obliguen a pensar. Y que, tal vez, la lección más importante no se encuentra en los documentos ni en las estadísticas, sino en la pregunta que cada generación debe hacerse: **¿Qué habría hecho yo?**

Esa pregunta no busca culpabilizar, sino despertar. Porque, como escribió Primo Levi, “*cada época tiene su propio fascismo*”; y si bien los contextos cambian, los mecanismos sociales que permiten la deshumanización pueden resurgir bajo nuevas formas: discursos nacionalistas, guerras que borran al adversario, propagandas que reducen personas a categorías.

Referencias

- Levi, P., 1958. *If This Is a Man (Se questo è un uomo)*. Turín: Einaudi.
- Roskies, D.G. & Diamant, N., 2012. *Holocaust Literature: A History and Guide*. Brandeis University Press. [Impreso 2012 / edición citada 2013]
- Améry, J., 1990. *At the Mind's Limits: Contemplations by a Survivor on Auschwitz and Its Realities*. New York: Schocken Books.
- Kassow, S.D., 2007. *Who Will Write Our History? Rediscovering the Oyneg Shabes Archive*. Bloomington: Indiana University Press.
- Museo POLIN de Historia de los Judíos Polacos, 2013. *Polin Museum of the History of Polish Jews*. Varsovia: Inaugurado oficialmente el 28 de octubre de 2013